

SAN JUAN DE ÁVILA, APÓSTOL DE LA NUEVA EVANGELIZACIÓN

6. AMISTADES ESPIRITUALES DEL MAESTRO

San Juan de Ávila tuvo el privilegio de ser **amigo, compañero, consejero y maestro de grandes santos** y personas de excelente talla espiritual y gran repercusión en la vida de la Iglesia: Fray Luis de Granada, san Juan de Dios, san Ignacio de Loyola, san Francisco de Borja, santa Teresa de Jesús, san Juan de la Cruz, san Pedro de Alcántara, santo Tomás de Villanueva, san Juan de Ribera.... Algunos renovaron su vida gracias a su apostolado. Casi todos estuvieron influenciados por sus escritos, su vida y su obra. En las cartas del Maestro se conserva el testimonio de su diálogo epistolar con algunos de ellos. Su relación de amistad tiene su *fuerza y plenitud en Dios* a través de Jesucristo y tiende al encuentro, a la confianza de compartir y a la donación mutua, buscando *el bien del otro por encima del propio bien* como una *expresión del mandamiento del amor*.

Fray Luis de Granada, dominico, fue uno de los mejores amigos y discípulos de san Juan de Ávila. Tras conocerle en Córdoba (1535) inició una etapa nueva de su vida siguiendo sus consejos espirituales. Fray Luis iba a escuchar los sermones del Maestro Ávila, sentado humildemente en la escalerilla del púlpito (*Vida* 2,8), y le pidió algunos consejos sobre el modo de predicar. El Maestro le respondió con una larga carta que constituye un extraordinario tratado sobre la predicación. Era asiduo lector de sus Cartas: *«Ahora mi ordinario libro, que me leen de noche cuando ceno, son las epístolas del P. Ávila»*.

Casi al final de su vida recibió con gusto el encargo de escribir una biografía del Maestro Ávila, fallecido diecinueve años atrás. La dedicó a su amigo común, san Juan de Ribera. Deja constancia de su experiencia de haber convivido con él: *«por haber tratado muy familiarmente este padre, donde nos aconteció usar algún tiempo de una misma casa y mesa; y así pude más de cerca notar sus virtudes y el estilo y manera de su vida»*. (*Vida*, 1588). Gran propagador de la doctrina y los escritos del Maestro, sus escritos contribuyen decisivamente en su influencia posterior en la literatura espiritual. En la *Guía de pecadores* Fray Luis publicó una parte del *Audi Filia*, antes de ser editado.

San Juan de Dios.- Juan Ciudad, portugués de nacimiento, se convirtió tras escuchar un sermón de san Juan de Ávila en la ermita de los Mártires de Granada, el día de san Sebastián. Bajo su dirección espiritual siguió su consejo de dedicarse a los enfermos, fundó un hospital en Granada, y los Hermanos Hospitalarios o de San Juan de Dios. El Maestro Ávila le ayudó en la fundación y pedía limosna para el hospital.

Sus cartas retratan al santo de la caridad y le indican con cariño pautas de discernimiento y medios para cumplir su vocación: humildad, confianza, obediencia y entrega a la caridad para con los pobres y enfermos, para quien la Providencia le proporcionará los medios adecuados: *«Porque Dios no os llamó a vos para regir, sino para ser regido; y por eso no le servís sino cuando obedecéis»* (C 141). Cuando iba a visitar al Maestro en Montilla, se quedaba en la cruz de la entrada a la villa y hacía llegar el recado: *«Díganle al gran Maestro, a mi gran padre, que aquí está aquel gran pecador, Juan de Dios, que si le da licencia le irá a ver»*. (L. Muñoz, *Vida*, 1,15).

San Ignacio de Loyola.- San Juan de Ávila tenía una estrecha relación con la Compañía de Jesús y aunque no conoció personalmente a su fundador, las cartas que intercambiaron revelan una veneración mutua. San Ignacio deseaba que el Maestro entrara en la Compañía:

«Quisiera el santo Maestro Ávila venirse con nosotros, que le trujéramos en hombros, como el Arca del Testamento, por ser el archivo de la Sagrada Escritura, que si ésta se perdiera, él solo la restituiría a la Iglesia» (L. Muñoz, *Vida*, 1,3,26). *«en tanta uniformidad de voluntades y modo de proceder del Mtro. Ávila y nosotros, que no me parece que quede sino que o nosotros nos unamos con él o él con nosotros, para que las cosas del divino servicio mejor se perpetúen... porque traería tras sí muchas cosas el Ávila»* (Carta de san Ignacio al P. Fco. de

Villanueva. MHSI, *Monum. Ignat.* s 1^a, III, 16).

Durante su retiro en Montilla, el Maestro dirigía pláticas a los padres y novicios jesuitas. Su simpatía por la Compañía era tal que animaba a ingresar en ella. Así lo hizo con Antonio Fernández de Córdoba, hijo de los marqueses de Priego, quien desde la pedagogía avilista contribuyó a forjar el estilo educativo jesuita. A su muerte dejó en herencia a sus discípulos –unos treinta- a la Compañía, y pidió ser enterrado en una de sus iglesias.

San Francisco de Borja.- Hijo del duque de Gandía y marqués de Lombay estuvo al servicio del emperador Carlos V y fue virrey de Cataluña. La muerte de su esposa -de la que tuvo ocho hijos- y las exequias por la defunción de Isabel de Portugal fueron ocasión para orientar su vida al servicio de Dios con la ayuda de san Juan de Ávila. Entró en la Compañía de Jesús y fue sucesor de san Ignacio de Loyola. El Maestro le animó a llevar con confianza *«la cruz del regimiento»* que el Señor *«ha puesto en sus hombros»* (C 192). Sus encuentros posteriores, en Córdoba y Montilla, y sus cartas revelan su mutuo aprecio y sintonía de criterios evangélicos y de metodología en el apostolado.

Tras la muerte del Maestro, san Francisco de Borja dice de él: *«De su vida y largos ejercicios de paciencia hasta el fin de ella, tenemos mucha razón de edificarnos y también de consolarnos en tener su cuerpo en esa iglesia»* (MHSI, S.F. Borja V). Al visitar su casa de Montilla *«entró de rodillas desde la puerta del aposento donde vivía, hasta donde murió»* (P. Fco. Alemán, rector Colegio de la Compañía, Montilla).

Santa Teresa de Jesús.- Aunque no le conocía directamente, santa Teresa sabía que san Juan de Ávila era el discernidor de espíritus más hábil de España. Por ello procuró consultar-le acerca de sus experiencias mística, que estaban bajo sospecha. En 1568 le hizo llegar el manuscrito del *Libro de la Vida* a través de Doña Luisa de la Cerda:

«yo deseo harto se dé orden en cómo lo vea, pues con ese intento lo comencé a escribir; porque como a él le parezca voy por buen camino, quedaré muy consolada, ya que no me queda más para hacer lo que es en mí».

Las dos cartas que le escribió san Juan de Ávila (C 158 i 165) son consideradas la llave de oro de la mística española. El Maestro alaba el modo de obrar de la santa y le da orientación sobre sus experiencias místicas. Aunque se excusa humildemente por no sentirse *«suficiente para juzgar las cosas de él (del Libro de la Vida)»*, le da su juicio favorable y ofrece una síntesis magistral de evaluación y discernimiento sobre su caso. Al Maestro le convenció la línea de amor y humildad de los escritos de la santa.

«Paréceme que le han aprovechado a su ánima; especialmente le han hecho conocer su miseria propia y faltas y enmendarse de ellas. Han durado mucho, y siempre con provecho espiritual. Incítanle a amor de Dios, y a propio desprecio, y a hacer penitencia. No veo por qué condenarlas. Inclíneme más a tenerlas por buenas con condición que siempre haya cautela de no fiarse del todo [...] Vuestra merced siga su camino, [...] y preguntando por el camino derecho; y dé gracias a nuestro Señor, que le ha dado su amor y el propio conocimiento, y amor de penitencia y de cruz» (Carta 158).

Santa Teresa conoció y apreció a algunos discípulos de san Juan de Ávila. También leyó textos suyos (*«serían de gran provecho los sermones»*, escribe al P. Gracián). Hay cierta semejanza doctrinal con el Maestro. Dos ejemplos: el *«sólo Dios basta»* [*«Busquemos a Dios, y bástanos»* (C 59)]; i el *«muero porque no muero»* [*«Si el morir por verme a mí - es vida, ¿cuál será muerte?»* (P 3)].

San Juan de la Cruz.- San Juan de la Cruz y san Juan de Ávila no se conocieron personalmente. Su relación fue indirecta, a través de santa Teresa de Jesús, y a través de la estancia de san Juan de la Cruz en Baeza. Juan Yepes fue a Baeza en 1579 para fundar el colegio de san Basilio, que sería el primer colegio descalzo universitario de Andalucía. Hacía ya diez años de la muerte del Maestro Ávila, pero la ciudad presentaba el ambiente de ciencia y virtud que tenían sus discípulos. El nuevo colegio se nutrió de jóvenes formados en la ya famosa Universidad de Baeza, fundada por san Juan de Ávila. Sus profesores, casi todos discípulos del Maestro, fueron los mejores amigos de los padres

descalzos. Con anterioridad, san Juan de la Cruz había fundado los conventos del Calvario y La Peñuela con discípulos de san Juan de Ávila, a través de los cuales pudo conocer su vida y magisterio.

Hay paralelismo y cierta sintonía de san Juan de la Cruz con la doctrina avilista: tender al amor de Dios a través de un proceso de negación y de confianza; y no dejarse llevar de sentimientos y gustos para poder darse totalmente al amor de Dios por un camino de fe y esperanza. «*Demos, pues, nuestro todo, que es chico todo, por el gran todo, que es Dios*» (C 64).

San Pedro de Alcántara.- Fue Maestro de santa Teresa de Jesús y principal impulsor en la reforma franciscana en línea con la austeridad evangélica. El Maestro Ávila le conoció cuando residía en Zafra (1546). Con él colaboró para reconciliar los diversos bandos opuestos existentes en Baeza. El Maestro le visitó en su retiro de Pedroso (Extremadura). San Pedro de Alcántara fue el gran difusor del tratado sobre «*Oración y meditación*», de Fray Luis de Granada, con abundantes citas de la doctrina del Maestro.

Santo Tomás de Villanueva.- Fue alumno y profesor de la naciente Universidad de Alcalá de Henares. Allí conoció a Fernando Contreras. Ambos volvieron a coincidir en Sevilla, donde santo Tomás de Villanueva seguía su vocación de fraile agustino, y san Juan de Ávila estaba de paso para la misión de Tlaxcala (México). Precisamente el Arzobispo Alonso de Manrique le retuvo porque Fernando de Contreras le advirtió de la valía humana y espiritual del santo.

Testigo y admirador de las primicias apostólicas de san Juan de Ávila «*afirmaba que desde los Apóstoles acá, no había quien hubiese hecho más fruto que el Venerable Juan de Ávila*» (F. Luis de Granada, Vida). A través de esta relación de amistad, el ya provincial de Andalucía desarrolló los criterios y principios del sacerdote a imagen de Cristo, el Buen Pastor. Su encomiable tarea pastoral como arzobispo de Valencia creó el ambiente adecuado para la edición del *Catecismo o Doctrina cristiana* de san Juan de Ávila (1554).

San Juan de Ribera.- Recibió una gran influencia de san Juan de Ávila ya desde sus tiempos de estudiante y profesor en Salamanca, donde oye hablar del Maestro con entusiasmo a su amigo Antonio Fernández de Córdoba, hijo de los marqueses de Priego. Al parecer escribió al Maestro para consultarle si debía o no aceptar el obispado de Badajoz. Siendo ya obispo, san Juan de Ávila le envió discípulos como misioneros.

Como arzobispo de Valencia continuó vinculado a la obra del Maestro Ávila y a sus escritos. Utilizaba los sermones del Maestro como modelo para sus pláticas. Pudo haber influido, por medio de escritos avilistas, en el Sínodo de Santiago de Compostela y los de Valencia. Tuvo muy estrecha amistad con dos grandes discípulos del Maestro Ávila: Fray Luis de Granada y Diego Pérez de Valdivia.